

# Formación en valores



**LA OBEDIENCIA**





## Contenido:

Una decisión atinada .....	4
Las bayas venenosas .....	6
La fotografía .....	9
Cremita, la ternerita .....	12
Ejercita la memoria .....	15
Desenredar y dibujar .....	16
La oveja perdida.....	17
Muelles para obedecer.....	17
Piensa.....	19



Es mejor obedecer que lamentarse.

Diseño: Amber Darley y Agnes Lemaire

# Una decisión atinada

Había una vez un jovencito llamado Mario que vivía en un pequeño pueblo agrícola. Tenía diez años y era hijo único. La mayoría de la gente del pueblo, tanto los niños como los adultos, lo admiraba mucho porque aparte de ser un muchachito muy resuelto, siempre estaba alegre y dispuesto a colaborar.

Su padre administraba la bodega del pueblo y a menudo Mario lo ayudaba con los quehaceres de la tienda. De tanto en tanto, el papá de Mario tenía que ir a otro pueblo a comprar provisiones para su tienda, y eso le tomaba todo el día. Justamente, en una tarde de verano en que su papá se había ausentado desde temprano, Mario estaba mirando por la ventana, desde donde podía ver a otros muchachos que jugaban.

–Vamos a jugar a la plaza. ¿Vienes con nosotros? –preguntó desde la calle su amigo Abel.

–No puedo –le respondió Mario, meneando la cabeza–. No puedo salir porque mi padre salió de viaje y me pidió que cuidara la tienda hasta que regrese.

–Como quieras –murmuró Abel, y se fue con el resto de los muchachos.

Mario soltó un largo suspiro y en ese momento vio a su padre, que por lo visto acababa de llegar del pueblo.

–Hola, padre –lo saludó Mario con una sonrisa.

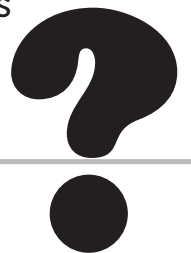
–Hola, Marito –respondió su papá. Mario corrió a darle un abrazo.

–Me alegro de haber vuelto temprano, pues eso me permitió presenciar lo que acabas de hacer –le dijo–. En lugar de irte a jugar escogiste lo más difícil, que era quedarte a cuidar la tienda, cuando no me cabe duda de que lo otro te resultaba mucho más divertido. Me siento orgulloso de ti. Has sido muy obediente.

Mario se puso contentísimo al escuchar las palabras de su papá. Le dio gran satisfacción saber que gozaba de la confianza de su padre, a quien tanto admiraba.

–Y justamente por eso –agregó su padre– te doy permiso para que vayas a jugar con los otros muchachos a la plaza. Pásalo bien, que yo me ocuparé de la tienda.

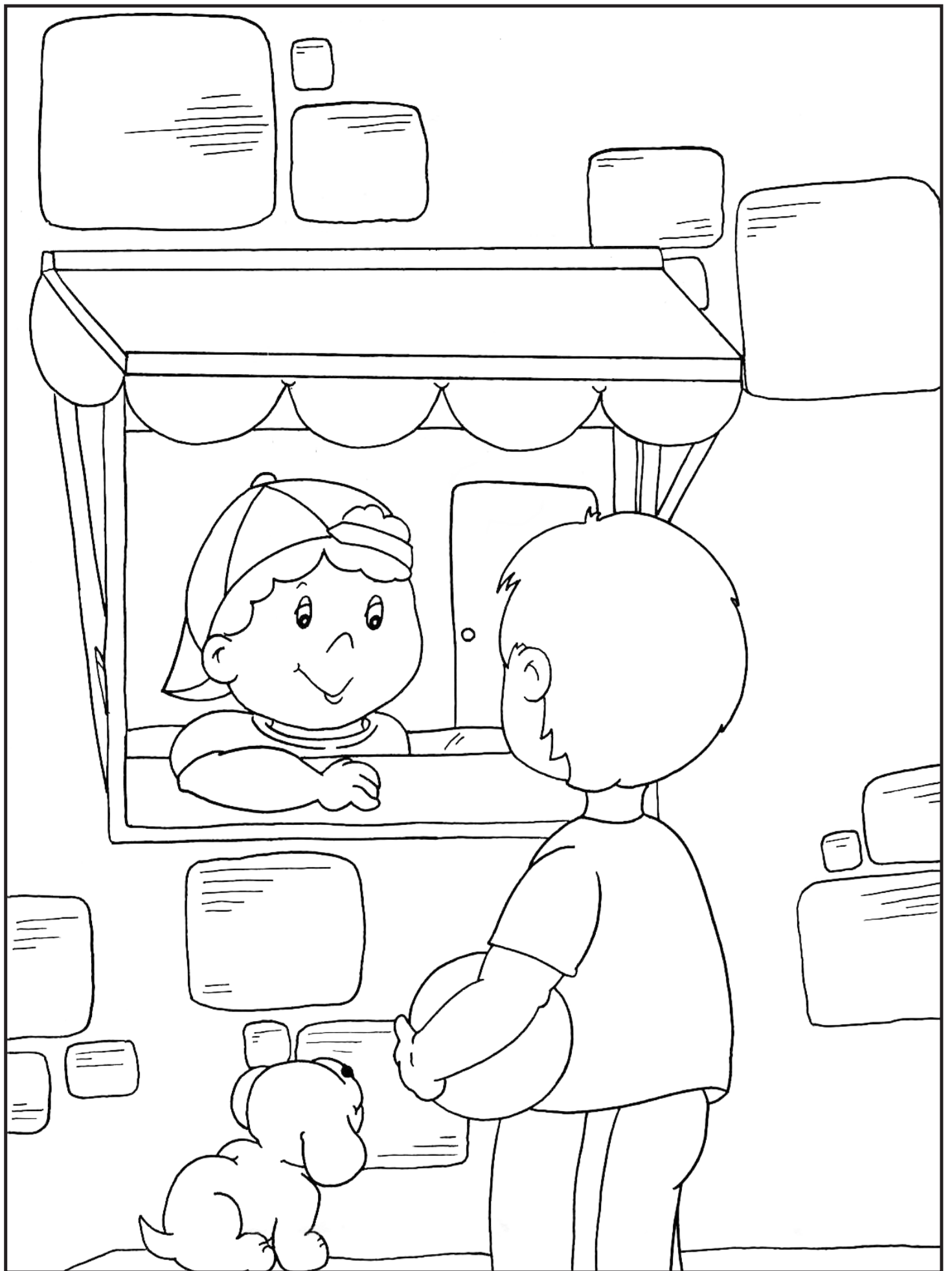
Entusiasmado, Mario corrió a reunirse con sus amigos. Había aprendido una lección muy importante: que lo mejor es obedecer. Pues aunque creía que nadie lo estaba observando en ese momento, resultó que su padre estaba allí. La obediencia siempre viene antes de su recompensa.



- ¿Por qué piensas que el padre de Mario se sintió tan orgulloso de que lo hubiera obedecido?
- ¿Qué rasgos de su personalidad reveló la obediencia de Mario, quien obró bien sin saber que su papá estaba observándolo?







# Las bayas venenosas

Me llamo Lucía. Mi madre siempre decía que de niña yo era muy activa y que me encantaban las aventuras y todo lo que fuera emocionante. Era curiosa y siempre quería conocer cosas nuevas. Me creía muy inteligente y pensaba que sabía mucho, y por eso no me gustaba que los demás me dijeran lo que tenía que hacer. Al fin y al cabo, yo sabía más que ellos. Permítanme contarles algo que me sucedió una vez, y que me ayudó a darme cuenta de que no tenía siempre la razón, que escuchar es de sabios y que lo más inteligente es obedecer a los que te alertan sobre ciertos peligros.

Brillaba un sol esplendoroso, hacía calor y todo estaba reluciente. Me desperté contenta, porque había esperado con ilusión ese primer día de calor y los que le seguirían. Estábamos en plena época de cosecha, en que los árboles se llenaban de frutas deliciosas y las matas parecían cobrar vida con los colores de sus abundantes bayas. ¡Todo lucía precioso! El campo rebosaba de vida y había llegado el momento de iniciar la magnífica faena de recoger la fruta, las bayas y las nueces.

Semanas antes de la cosecha, mis amigos y yo habíamos tejido nuevas cestas para esta temporada. Lo hacíamos todos los años, era nuestra temporada favorita. Los muchachos salían a cazar y las mujeres recogíamos la fruta, las bayas y las nueces, aparte de ayudar a nuestras madres a cocinar y preparar la comida. Algunos de los hombres extraían la miel de los panales, y nosotras también secábamos parte de la fruta y con ella elaborábamos conservas para el invierno.

–Vamos, vamos ya, niños. Vamos al río a lavarnos y a prepararnos para el día tan intenso que nos espera –dijo nuestra madre. Todos saltamos de la cama emocionados y salimos corriendo rumbo al río. Esa era nuestra rutina de todos los días, pero no siempre la llevábamos a cabo con tanta alegría. Aquella mañana desayunamos a toda prisa y ordenamos la choza en un dos por tres, deseosos de comenzar el trabajo del día.

En la plaza del pueblo había un pequeño monumento de piedra rodeado de unas cuantas rocas que cercaban un jardincito sencillo con unas cuantas plantas y flores. Allí me reuní con mis amigas. Todas habíamos traído nuestra preciada colección de cestas nuevas que habíamos tejido a mano. Nos saludamos rápidamente y partimos de inmediato rumbo a una zona donde había cantidad de árboles frutales y matas de bayas.

–Yo empezaré por ahí –dijo una de las niñas.

–Y yo por allá– siguió la otra.

Todas escogimos árboles o matas diferentes y comenzamos a recoger la fruta.

–Comenzaré con las bayas –me dije, y me acerqué a un enorme grupo de matas que llegaban casi hasta el horizonte. La mayoría eran comestibles, pero mi madre me había explicado que otras no se podían comer, y me las había señalado para que no me confundiera. Es que, algunas de las plantas, bayas y frutas que crecían en aquel lugar eran sumamente venenosas. De pequeñas, nuestras mamás nos acompañaban para mostrarnos qué podíamos tomar y qué no, pero ahora que habíamos crecido, confiaban en que éramos



capaces de ir a trabajar sin necesidad de que vinieran con nosotras.

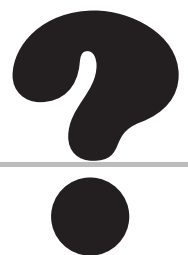
Mi madre me había dicho que la mayoría de las bayas eran buenas, pero que había una en particular, negra y brillante, que no debía comer jamás. Yo me había preguntado a menudo qué sabor tendría, y en el fondo creía que no podría hacerme mucho daño que digamos, pues se veía de lo más sabrosa. Mamá me había explicado que si comía de esas bayas me pondría muy enferma, pero como yo era muy curiosa, quise comprobarlo por mi cuenta.

Resulta que estaba recogiendo bayas buenas, cuando de pronto me topé con una mata llena de esas bayas negras pequeñas y brillantes sobre las que me había advertido mi madre. Me preguntaba qué pasaría si me comía solo una... al fin y al cabo mi madre no se enteraría nunca. Y pensé que si sabían bien y no me enfermaba –porque estaba convencida de que no me enfermaría–entonces gracias a mi descubrimiento todos los demás podrían disfrutarlas también. Se veían tan deliciosas que cada vez que me topaba con una mata de esas sentía la tentación de probarlas. Además, pensaba yo, era posible que nadie las hubiera probado en realidad, y que a lo mejor estuviéramos perdiéndonos de disfrutar una baya deliciosa. Tomé una, la estudié un rato y por fin la probé. No sabía tan rico como había imaginado, pero me gustó el sabor de lo prohibido. Así que decidí comerme otra, luego otra más, y al final terminé comiendo una buena cantidad. No le conté a nadie lo que había hecho.

Al cabo de una jornada larga y agotadora, y justo antes de que se pusiera el sol, emprendimos el regreso. De pronto empecé a sentirme muy mal. Me dolía el estómago y comencé a pensar que a lo mejor en realidad no debí de haberme comido esas bayas. Con cada paso que daba me ponía peor. «Qué necia fui; espero que mi madre no se altere conmigo», iba diciendo para mis adentros.

Mi madre no se enojó conmigo cuando le conté lo que había hecho. Pero eso sí: me enfermé tanto que me dio fiebre y tuve que ayunar varios días. Además, no me quedó más remedio que quedarme en cama, con lo que me perdí esos días hermosos del principio de la cosecha, y todo por haber desobedecido y no prestar atención a las sabias advertencias de mi madre.

El hecho de pasarme en cama algunos de los días más felices del año fue el precio que tuve que pagar por creer que era más sabia que mi propia madre. Pero al menos aprendí la lección, y ahora, cada vez que me enfrento a la decisión de obedecer o hacer lo que mejor me parezca, procuro recordar lo que aprendí aquel día: aprendí que los que tienen más años y sabiduría, por lo general saben más que nosotros, y que no nos dicen las cosas solo para complicarnos la vida. Nos alertan sobre los peligros e intentan orientarnos porque nos quieren.



- ¿Cuál fue el error de Lucía?
- ¿Por qué es mejor obedecer a nuestros padres y maestros?
- ¿Se es más feliz cuando se obedece? ¿Por qué?
- ¿Alguna vez hiciste algo que no debías y luego lo lamentaste? Cuéntanos tu experiencia.



# La fotografía

Paco vio que su madre se ponía muy elegante para salir, y le dio mucha intriga. ¿Adónde iría? ¿Por qué se la veía tan contenta? Con expectativa esperó a que terminara de arreglarse pues tenía la ilusión de que a lo mejor lo llevaría adonde sea que fuera. Instantes después, escuchó que le decía:

–Hijo, tengo que salir para algo especial y la tía Tola se quedará en casa a cuidarte. Quiero que me prometas que no irás a ninguna parte hasta que vuelva y que te portarás muy bien...

–Sí, mamá.

–¿Me lo prometes de verdad? ¿No saldrás hasta que yo regrese?

Y Juanito asintió con la cabeza.

Su madre se despidió de la tía Tola, que estaba en la cocina, luego de Paco, y bajó las escaleras de la casa que conducían a la calle. Paco subió a la ventana de su habitación para mirarla desde allí. Estaba muy intrigado con tanto misterio. ¿Adónde iba? Con la nariz pegada a la ventana, se quedó mirando hasta que desapareció de la vista. Entonces bajó corriendo las escaleras y siguió sigilosamente a su mamá hasta ver que se detuvo ante una casa muy lujosa. Desde su escondite vio que entraba por la enorme reja de aquella casa y saludaba a un desconocido. El niño se sintió como un detective a punto de resolver un gran misterio. Paró la oreja y trató de escuchar lo que decían. El extraño decía algo, y su madre le contestaba bajito.

Buscó un apoyo en la cerca y, con gran habilidad, se encaramó en un árbol desde donde logró ver lo que hacían sin que lo vieran a él. Su madre estaba sentada de espaldas a él, y delante de ella había un hombre agachado detrás de una caja rarísima montada sobre un trípode. Entonces, escuchó que el hombre decía «¡Sonría!», y luego algo hacía «clic».

Aquello sucedió hace muchos años, cuando las cámaras como la que tenía ese fotógrafo eran algo muy novedoso. Paco nunca había visto una cosa así y no se imaginaba lo que pudiera ser.

Por fin su madre se puso de pie, le dio la mano al extraño y se despidió. Apenas se volvió hacia la reja de entrada, Paco se bajó a toda prisa corrió con todas sus fuerzas para llegar a la esquina antes de que su mamá saliera a la calle. Llegó a su casa tan agitado que casi no podía respirar, pero se sentó en un sillón y cuando su madre entró a la sala hizo de cuenta que estaba leyendo un libro.

–Hola, Paco. ¿Cómo te portaste mientras salí?

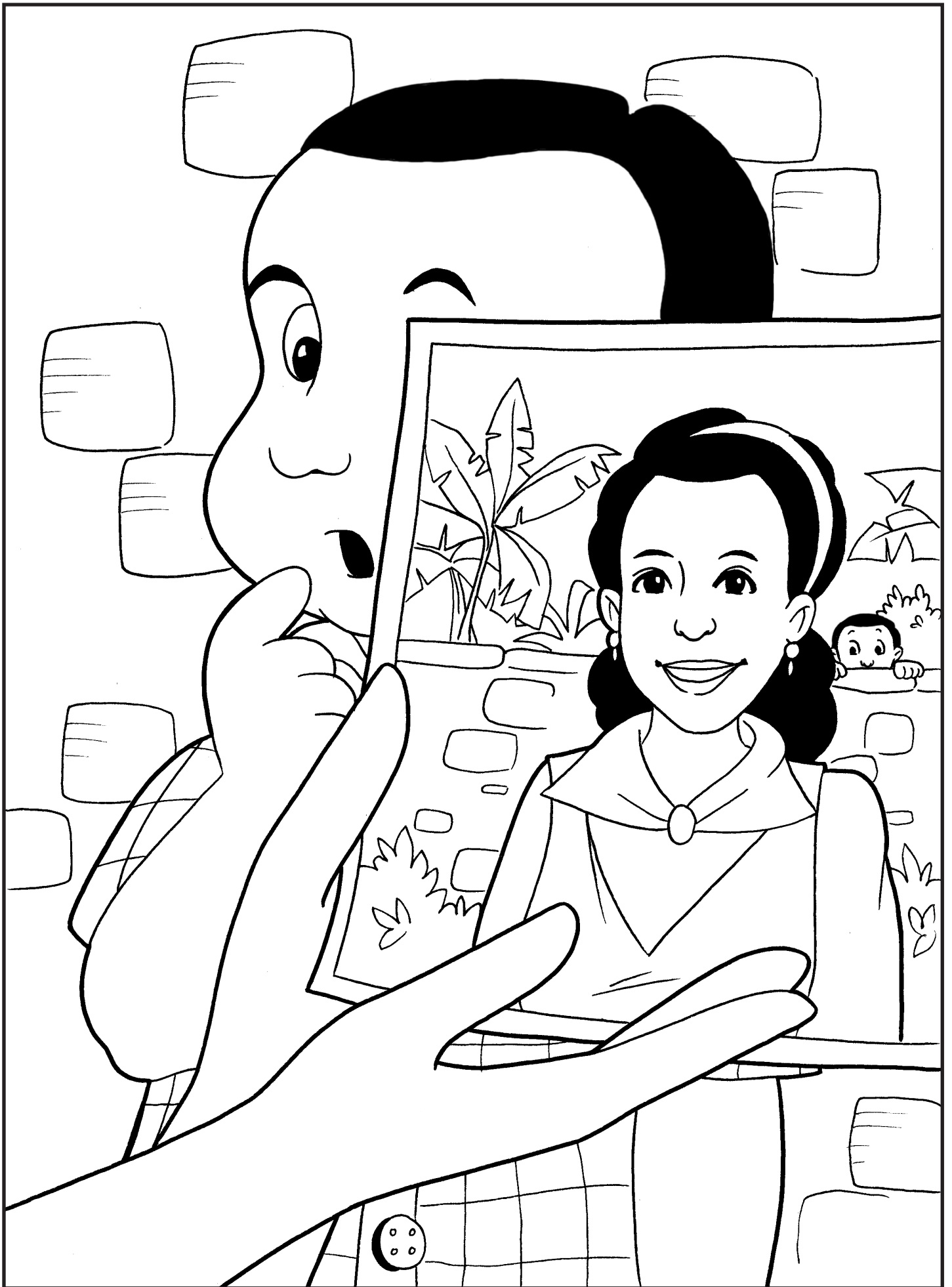
–Hola, mamá. Me porté bien, tal como te había prometido.

–¿Te quedaste aquí con la tía Tola?

–Sí, aquí estuve todo el tiempo.

La mamá se sonrió, le dio un beso y le dijo:

–Muy bien. Pues ahora que estoy de regreso podemos preparar esas galletitas de chocolate que teníamos pendientes. A Paco le brillaron los ojos de la alegría. Tenía la mejor madre del



mundo. Se sintió un poco culpable por haberla engañado, pero trató de no pensar en el asunto. Al fin y al cabo, pensó, no había pasado nada malo y no lo habían descubierto.

Con el pasar de los días parecía que su madre esperaba una carta muy especial. Cuando por fin llegó, estaba muy emocionada y una vez más Paco se preguntaba qué estaría pasando. Vio el cuidado con que abría la carta y ¡cómo se sorprendió al ver la fotografía de su madre, en unas láminas de papel brillante!

–¡Mira, Paco! –dijo ella de lo más contenta–. ¿Quieres ver la sorpresa que le he preparado a tu papá? Estas son fotografías. El otro día fui a que me las tomaran; ¡quería hacerle un regalo especial para su cumpleaños, que es mañana!

¡Así que de eso se trataba! Ahora Paco lo entendía todo. La caja rara era precisamente para eso: una cámara fotográfica.

La mamá de Paco estudió las fotografías durante un rato, y de pronto miró al niño con detenimiento. La mayoría de las fotografías estaban a un lado, pero le quedaba una en la mano. Paco miró aquella lámina, y vio el retrato de su madre sentada en una silla en un jardín precioso, hermosa como siempre y muy sonriente. Pero cuando alzó la vista para mirar a su mamá, se dio cuenta de que ella ya no sonreía como en la foto. Parecía alterada. Entonces le dijo:

–Si mal no recuerdo, me dijiste que el otro día cuando salí te habías quedado con la tía Tola.

–Sí, mamá.

–Ay, Paco, me parece que no me estás diciendo la verdad, y que ese día no me obedeciste.

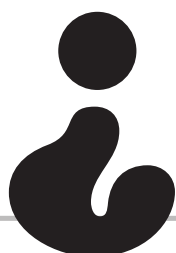
Paco se asustó un poco pero procuró que no se notara. Entonces su mamá continuó:

–¡Mira esto! –. Y le mostró la última fotografía. Allí, detrás de la silla donde se sentaba ella, podía verse muy claramente a un niño que miraba por encima de la cerca, trepado a un árbol bajito. La mamá deslizó su dedo por la fotografía hasta señalar al niño que miraba hacia el jardín, y le preguntó:

–¿No se parece a ti? ¡Me seguiste para ver adónde iba! Te subiste a un árbol y miraste hacia el jardín en el preciso instante en que estaban tomándome la fotografía.

Su mamá parecía estar al borde de las lágrimas, de lo mucho que la había decepcionado Paco. Le dijo con tristeza que esa tarde no lo llevaría al parque después de todo, como lo habían planeado.

Y Paco lo lamentó mucho.



- ¿Alguna vez te han descubierto diciendo una mentira? Cuéntanos cómo fue. ¿Qué enseñanzas te brindó esa experiencia?
- Claro que no siempre se da el caso de que nos tomen una fotografía justo cuando obramos mal o desobedecemos. Sin embargo, ¿por qué deberíamos obedecer de todas formas?

# Cremita, la ternerita

¡Hola! Soy una ternerita y me llamo Cremita. Nací poco después de las lluvias, y viví con un rebaño de vacas que cuidaba un vaquero de verdad.

–¡Tú eres una ternerita muy especial! –le dijo una vez el vaquero–. ¡Estoy seguro de que un día llegarás a ser una vaca hermosa! Y cuando llegue ese día, me darás leche para mi familia y para que podamos venderla en el mercado del pueblo. A partir de ahora te llamarás Cremita, ¡por la tarea tan importante que tendrás cuando crezcas!

Como yo era muy pequeña, no comprendía todo lo que ocurría a mi alrededor, y por eso me quedaba bien cerquita de las vacas más grandes, y nunca me alejaba del vaquero. Los seguía dondequiera que fuesen. El vaquero siempre nos llevaba a unos campos maravillosos, unas praderas muy verdes donde nos encantaba pastar.

Pero con el pasar del tiempo, y a medida que me iba haciendo mayor y aumentaba mi tamaño, aumentaba también mi curiosidad por descubrir nuevos lugares donde pensaba que la hierba podría ser aún más verde. Era más veloz que las demás terneras, y a menudo intentaba ser yo la que las dirigía, en lugar de dejar que el vaquero nos guiara. Muchas veces me ponía adelante y las conducía en cualquier dirección, porque me consideraba más experimentada que el vaquero. Entonces él tenía que llamarme para que me reincorporara a su lado.

–¡Cremita! ¡Regresa! –me gritaba–. ¡Primero tengo que contar todo el rebaño para estar seguro de que nadie se ha perdido! No te dispaes delante de mí, ¡no vaya a ser que te me pases por alto y me olvide de ti!

Mi mamá siempre me recordaba que debía quedarme cerca del vaquero.

–Recuerda, Cremita, que nuestro vaquero sabe lo que más nos conviene. ¡Debemos estar siempre juntas y seguirlo de cerca!

–Sí, mamá –le contestaba–. Pero aunque decía estar de acuerdo con ella, mi corazón y mis pensamientos a menudo se alejaban de sus sabias palabras, y llegó el día en que cometí un error muy grave.

Este sendero por el que nos llevan para subir la colina es demasiado difícil de transitar, pensé para mis adentros. Las otras terneras solo siguen al vaquero porque son incapaces de pensar por sí mismas, pero yo soy mucho más inteligente que ellas, así que tomaré este otro camino. ¡Estoy segura de que tarde o temprano hallaré un atajo para rodear esta colina tan empinada!

Así que me fui solita por un camino diferente, convencida de que estaba en lo cierto. ¡Me sentía de lo más segura de mí misma! Hasta que de repente apareció por la curva un enorme camión que doblaba a una velocidad impresionante, ¡y casi me arrolla! Al verme en la carretera, el conductor apenas alcanzó a frenar justo a mi lado, y de pronto se agolparon a mi alrededor un montón de personas que corrían y gritaban sobresaltadas. Yo tuve mucho miedo, pero al parecer, gracias a toda esa conmoción, el vaquero fue alertado de lo que había sucedido y vino corriendo a rescatarme.

–¡Cremita! ¿Ya ves lo que pasa cuando te alejas de mí? –dijo–.

–¡Lo siento mucho! –le contesté–. ¡Gracias por venir a buscarme!

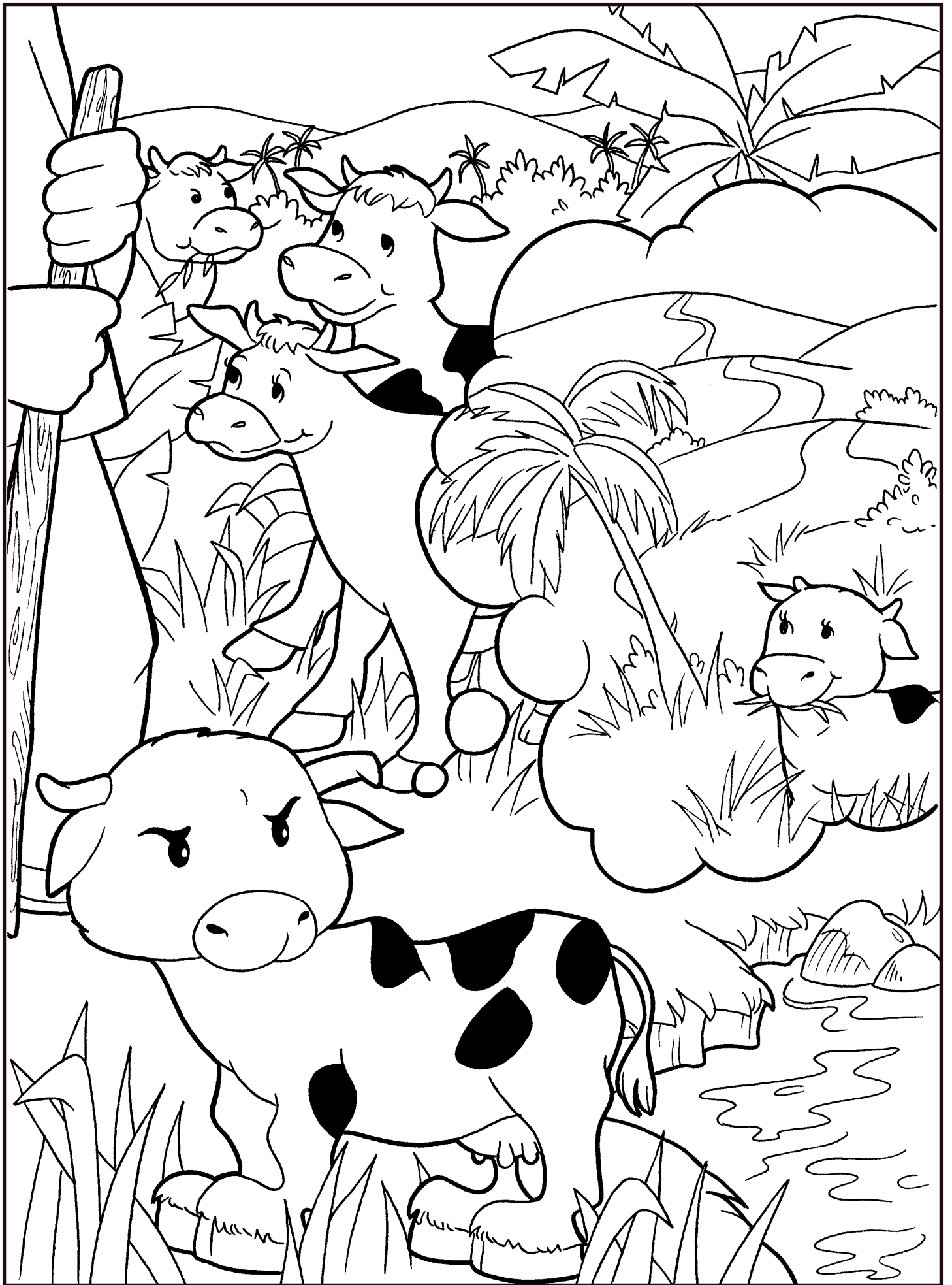
–Pues no vuelvas a desobedecer y no vayas a dispararte así otra vez, ¡no vaya a ser que la próxima te pase algo peor! ¿Acaso no te he dicho que hay gente deshonesto que cuando encuentra una ternera que se ha escapado se queda con ella? –le advertió–. ¿No querrás que te suceda eso, no es cierto? –le reprochó–. Pues entonces, ¡no vuelvas a escaparte nunca más!

Y efectivamente, ese mismo día, unos muchachos malvados trataron de robarse una de las terneras de nuestro rebaño. Felizmente, el valiente vaquero los ahuyentó, y se asustaron tanto que ya no regresaron. ¡No se imaginan lo contenta que me sentí de haber aprendido a permanecer cerca de él!

Pero la historia no acaba allí. Meses más tarde, al parecer fui olvidando mi lección y comencé a alejarme otra vez del vaquero.

–¡Cremita! ¡Eres una ternera muy desobediente! ¡Ya te dije que no te vuelvas a alejar! ¿Acaso no recuerdas lo que pasó la última vez? Además, ¡ha llegado nuevamente la época de lluvias, y no quisiera que te agarre una tormenta! ¡Ya deja de irte por tu cuenta!





Sin embargo, al igual que la otra vez, me creí más inteligente que el vaquero. En lugar de hacerle caso, pensé que como pronto comenzarían las lluvias, ya no podría irme sola por ahí, ¡así que decidí hacerlo mientras aún era posible!

–Me han dicho que allá abajo por el riachuelo hay una hierba muy fresca y sabrosa, ¡mucho mejor que la hierba seca de este campo al que nos trae el vaquero! ¡Seguro que nadie se va a dar cuenta si me escapo solita por un rato!–, me dije para mis adentros.

Así que descendí hasta el riachuelo y me puse a saborear aquella hierba fresca y agradable. La estaba pasando tan bien que no me percaté de las nubes oscuras, casi negras, que iban subiendo por el horizonte. El vaquero me había alertado de que se acercaba una tormenta, pero yo preferí no hacerle caso. De repente oí el gran estruendo de los truenos, y vi que comenzaba a llover sobre las colinas cercanas. Pero aun así pensaba que contaba con unas cuantas horas más para jugar en el valle antes de que me alcanzara el aguacero. Además, la hierba de la ribera estaba demasiado apetitosa como para regresar.

Al cabo de un rato oí un ruido atronador: ¡un torrente de agua venía bajando furiosamente por el riachuelo! Traté de treparme por las laderas hacia un lugar seguro, ¡pero el agua llegaba con tanta fuerza y velocidad que no tuve tiempo de alejarme, y me vi arrastrada por la corriente! El apacible riachuelo se había convertido en un río violento que me llevaba y apenas alcanzaba a mantener la cabeza fuera del agua. De pronto, viró en una curva cerrada y me vi empujada hacia la ribera. Aunque fue un alivio escaparme de aquella corriente turbulenta, sentí mucho miedo pues no sabía dónde estaba, y además estaba empapada y tenía mucho frío. Temía que esos muchachos malos me encontraran y me llevaran con ellos, así que me escondí en una cueva y deseé fuertemente que el vaquero estuviera cerca, para que me encontrara. Seguramente en el momento de contar las cabezas de su rebaño se daría cuenta de que faltaba una de las terneras.

Pero las lluvias eran muy fuertes y la tempestad seguía rugiendo, así que dudé de que nuestro vaquero grande y fuerte pusiera en riesgo su vida en una tormenta tan fuerte. ¿Y por qué quería él salvarme la vida después de todo? Yo me había portado tan mal y había sido tan desobediente --y no soy más que una ternerita-- que probablemente no le importa mucho al vaquero.

Y las lluvias seguían cayendo con fuerza, y me sentía tan débil que pensé que me iba a morir. Pero entonces oí una voz.

–¡Cremita! ¿Cremita? ¡Cremita! ¿Dónde estás?

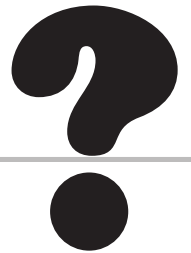
Era la voz maravillosa de nuestro fuerte vaquero. ¡Había venido a buscarme! Lo único que logré pronunciar fue un gruño patético, pero era lo único que se necesitaba para llamarle la atención al vaquero, y vino corriendo hasta donde me encontraba.

–Vamos a casa, –dijo–. ¡Ahora todo va a estar bien!

Me sentí tan mal de que mi vaquero hubiera tenido que hacer tantas cosas para buscarme. Tenía mucho frío, estaba mojado y lleno de fango como resultado de su búsqueda. Realmente, lo que yo deseaba era no haber sido tan egoísta y desobediente.

Llegamos finalmente a casa del vaquero, y allí me preparó un lugar donde calentarme. Fue a buscar a todos sus amigos y les dijo que vinieran a alegrarse con él, ¡porque se había encontrado la ternera perdida!

Esa noche me sentí realmente adulta, como mi madre, ¡porque sabía que nunca más me iba a alejar nuevamente del buen vaquero!



- ¿Cuál fue la lección importante que Cremita aprendió?
- ¿Qué crees que Cremita hizo la próxima vez que el vaquero le dijo que no debía hacer algo?
- Y tú, ¿obedeces a quienes te cuidan?
- ¿Has ido alguna vez a algún lugar donde se suponía que no debías ir? ¿Qué pasó?



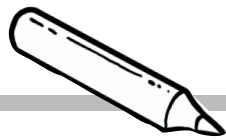
# Ejercita la memoria



Es mejor obedecer que lamentar.

# ¡Saca el lápiz!

## Desenredar y dibujar

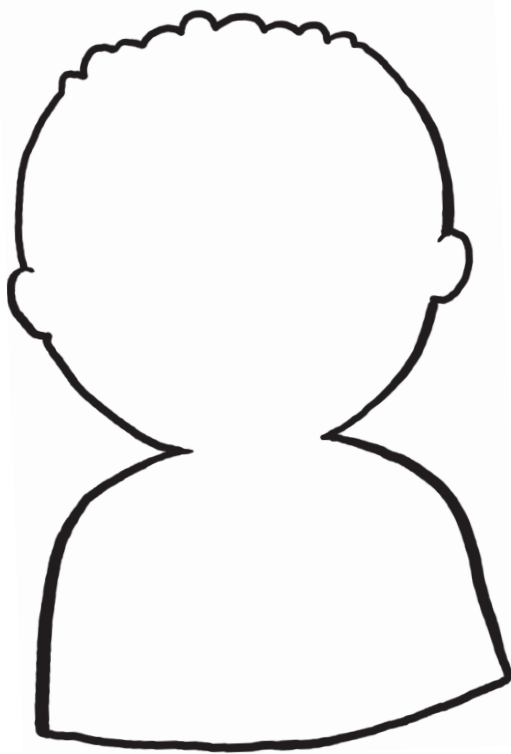


Desenreda estas dos palabras y escríbelas en los espacios en blanco que aparecen más abajo. Dibuja las caras en las formas, con expresiones que concuerden con las citas.

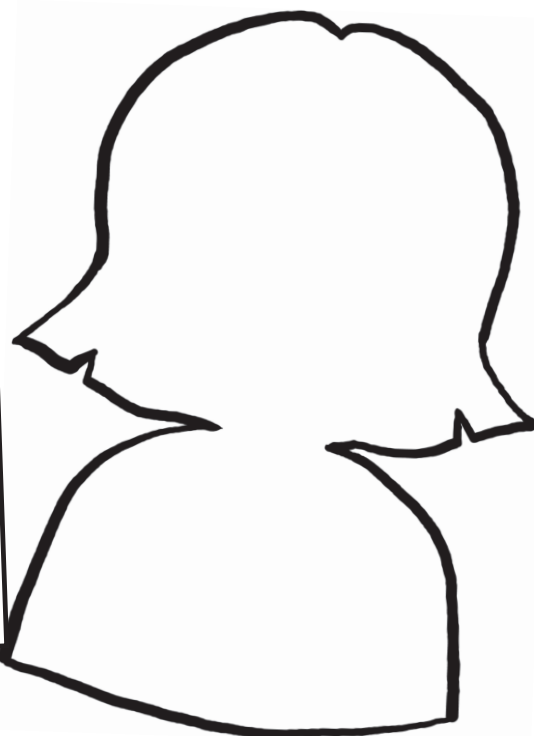
aegler

etisrt

Si obedeces,  
estarás \_\_\_\_\_.



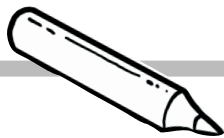
Si desobedeces,  
estarás \_\_\_\_\_.





# ¡Saca el lápiz!

## La oveja perdida.



Reordena las letras y sitúalas en los espacios en blanco que están encima de las desordenadas, para así poder darnos el mensaje.

Las

v o j e s a

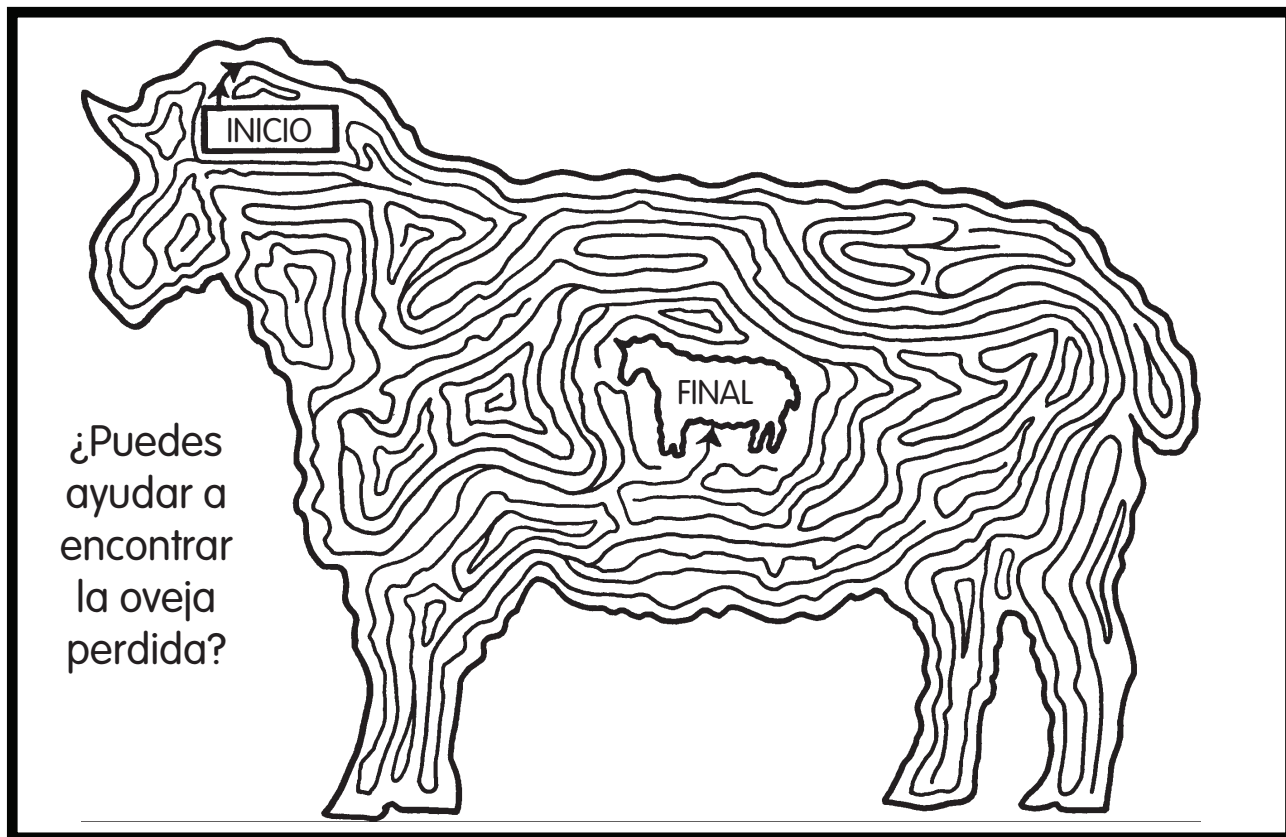
e n d b e

quedarse

c c a r e ' e d

SU

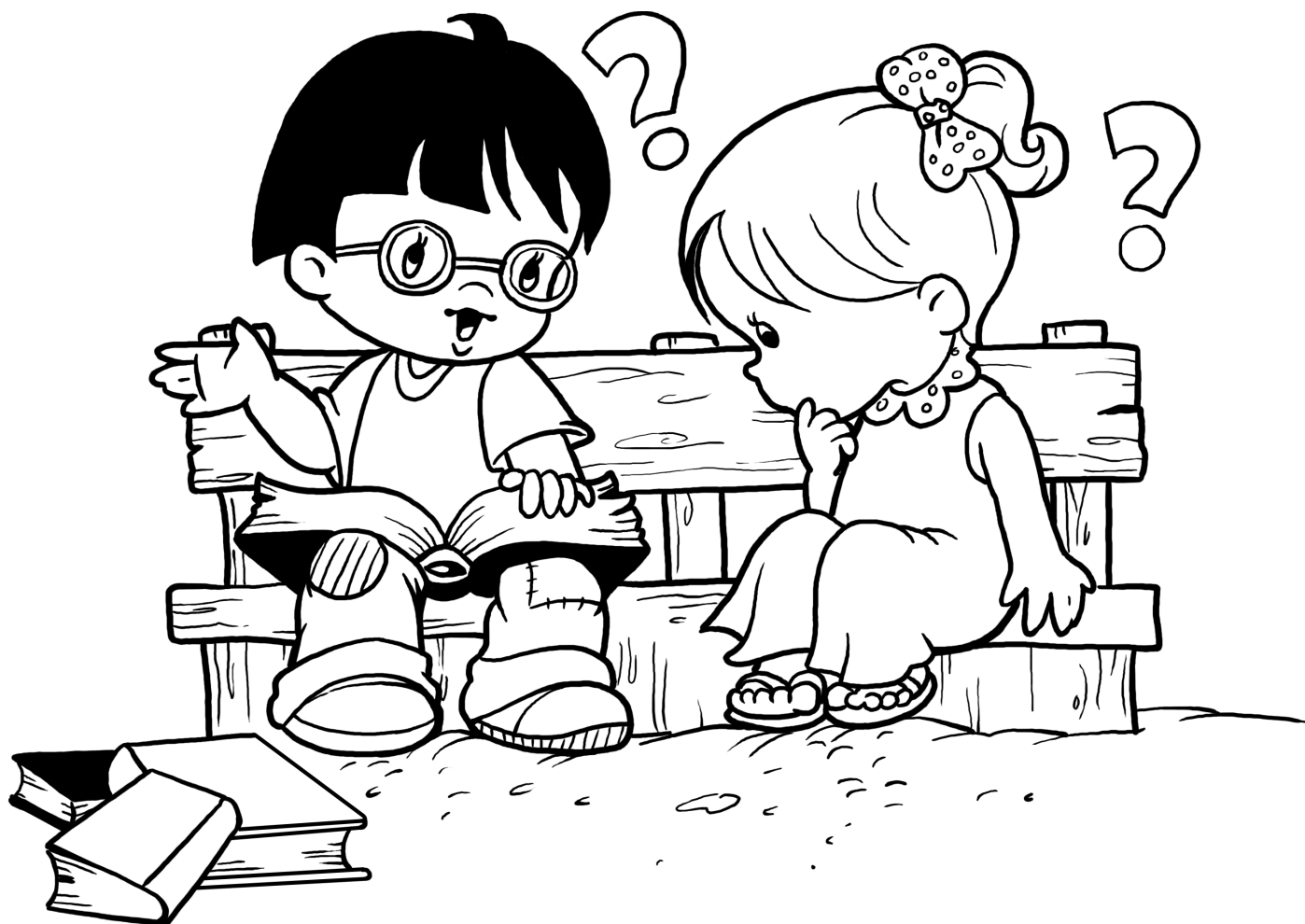
p t o a s r





# Piensa...

A veces es difícil comprender por qué es importante obedecer. Pero si obedeces sencillamente sin pensarlo tanto, después comprenderás por qué era importante. Es posible que no hubieras visto que había un peligro que acechaba cuando tu mamá te llamó y te dijo que dejaras de correr. Tus padres quieren ocuparse de ti, pero tú debes ayudarlos siendo obediente, y evitar así correr peligro.



# Formación en valores

Curso para la formación de valores y el desarrollo de la inteligencia emocional y social de los niños, en 20 módulos.

Enseña habilidades para encarar eficazmente las exigencias y desafíos de la vida diaria. Pueden impartirlo indistintamente padres de familia, orientadores, monitores y maestros, en casa, en el aula, en campamentos educativos, colonias de vacaciones, etc. Cada módulo se centra en una virtud, cualidad personal, habilidad social o destreza comunicacional de gran



importancia para adquirir una sana autoestima y disfrutar de una vida gratificante en paz y armonía con los demás.

SBA-KS-S16 - La Obediencia

Hecho en México



Distribuido por Prodidisa  
Tel. (52-81) 8123-0605 ó 01-800-714-4790  
E-mail: [prodidsa@prodidsa.com](mailto:prodidsa@prodidsa.com)  
[www.prodidsa.com](http://www.prodidsa.com)

